

Juan 21

Este capítulo del evangelio según San Juan, el epílogo, el segundo de los dos finales que presenta el texto original, es un episodio de rescate, redención y envío, un texto que bien podría ser tomado en el cuarto evangelio lo que supone el libro de los Hechos de los Apóstoles para el evangelio según San Lucas: la prolongación de la vida del Señor en la vida de la nascente Iglesia bajo la Luz y la Fuerza del Espíritu Santo así como el envío a realizar la obra encomendada por el Señor.

No sería este enfoque el único contacto entre el cuarto evangelio y los Hechos de los Apóstoles de San Lucas. En el episodio de Caná de Galilea (Juan 2, 1-11) se concitan junto a Jesús familiares Suyos, discípulos diversos y María, Su Madre. Tras el signo obrado por Jesús, esta pequeña comunidad formada en torno a Jesús y con María a Su lado continúa camino hacia Cafarnaúm, a orillas del lago de Galilea. En Hechos 1, 14 encontramos una comunidad eclesial semejante “perseverando en la oración”; en Hechos 2, 1-13 la espera y la perseverancia reciben la unción espiritual de Pentecostés.

Teniendo en cuenta que en diversas apariciones a algunos apóstoles y discípulos el Señor resucitado “sopló sobre ellos” diciéndoles “Recibid el Espíritu Santo” (cf. Juan 20, 22) no podemos pasar por alto el sentido “pentecostal” del encargo pastoral que en Juan 21 entrega Jesús a Pedro y -en el *Primado*, ya recobrado de su triple caída en las negaciones- al resto del Colegio Apostólico.

Sobre la ausencia de María Santísima en los relatos de las apariciones y la omisión de su nombre en el relato de Pentecostés, cabe recordar el lugar eminentísimo que tenía María ante Jesús como aquella que más y mejor escucha, acoge y cumple la voluntad del Padre. Esto, que hizo de María la primera a los ojos de Jesús más incluso que por el hecho de ser Su madre biológica (cf. LG VIII, particularmente núm. 56 y 58) nos hace aventurar la presencia de María en estos episodios fundantes de la fe cristiana y de la constitución plena de la misma Iglesia. Como decía San Ignacio de Loyola en EE 299 frente al hecho de la ausencia de María en las diversas apariciones del Resucitado a centenares de los Suyos:

“Primero: apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho, en decir que apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: ¿también vosotros estáis sin entendimiento?” (Mt 15,16)

“Me voy a pescar”, dijo Pedro. Le contestaron los demás “Vamos nosotros también contigo. “Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.”

En la aparición a la Magdalena Jesús había dado el mensaje para los Suyos de que se reunieran con Él en Galilea, lugar donde todo comenzó en la misma entraña de la vida y el quehacer de esos sencillos pescadores. En torno a las redes llegó la llamada, el primer amor, el inicio del seguimiento...

Mientras Tomás quedó estancado en la escena de la crucifixión, sin poder avanzar ni querer asumir el cambio que introdujo la Pascua de Jesús, otros, como los dos de Emaús, tomaron otros caminos para alejarse de la frustración de sus esperanzas mesiánicas rotas sobre la cruz. En ambos casos hubo Jesús de acudir a ellos para acompañar su proceso, para rescatarles del duelo por haberle perdido hasta hacerles capaces de escuchar Su Palabra y por la Palabra llegar a reconocerle en la fracción del pan. De modo semejante, ahora Jesús se llegará también a los que sí han acudido a la cita junto al mar de Galilea.

Esperan, no mucho menos confusos que los de Emaús. Esperan hasta que se cansan de la incertidumbre de esperar a alguien a quien no han visto tras el Calvario, alguien a quien ahora aún comprenden menos que antes, alguien que no es más que un rumor de unas mujeres que transmitieron la experiencia de un supuesto encuentro.

Ellos fueron llamados a ser pescadores de hombres pero ahora se conforman con volver a ser pescadores convencionales, total, es lo que saben hacer, es aquello que comprenden y a lo que sus fuerzas y habilidades pueden sacar algún fruto. Es lo único en lo que ahora se pueden encontrar seguros: hacer lo que saben de sobra, sin sorpresas.

“Vamos nosotros también contigo.” El sentimiento de Pedro no es sólo suyo como tampoco es sólo suyo el fracaso de una red vacía. Lo quieran o no, ya no son los mismos que antes de encontrarse con Jesús y su vida ya tomó entonces otra orientación y fue dotada de otro destino.

Al margen del Señor no les queda nada porque nada podrá suplir la Luz de Su Palabra y la libertad del discipulado en pos del Mesías de Dios. Todo fue distinto desde la llamada y ya nada será igual sin Aquél que los llamó y aun los llama.

“Muchachos, ¿tenéis pescado? (...) Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces.”

Ellos estaban sedientos de sentido tras el sinsentido del final crucificado; estaban sedientos de Amor pues habían probado un amor antes desconocido, un amor que les unía a todos por reunirlos en torno a la fuente, en torno a Aquél que era la Vid verdadera y hacía de cada uno mucho más que la parte de un todo pues a cada uno lo insertaba en la vida de los otros al haberlo antes insertado en Su propia Vida.

La vida que habían probado en el seguimiento era la Vida que manaba de Él y se convertía incluso en un manantial en cada uno de ellos para irradiarla, compartirla, extenderla, como en el primer envío misionero que todos recordaban. Por todo esto, cuando escuchan aquella forma familiar y cariñosa en que un desconocido les llamaba ("*muchachos*") algo se les conmovió por dentro a todos, a todos, pero sólo uno pudo reconocer en el desconocido al conocido de sobra.

"Dijo el discípulo que amaba Jesús: Es el Señor."

Juan siempre había estado más cercano a Jesús. Era el más joven, apenas poco más que un adolescente que había madurado más allá de su edad en el tiempo de seguimiento y relación, de escucha y de obediencia, de correspondencia al Amor con el que Quién lo llamó junto con su hermano Santiago, Simón y Andrés le había confiado la respuesta como a un adulto. Estos rasgos de Juan -escucha y obediencia en correspondencia al Amor- le hicieron mucho más cercano a María, la Madre de Jesús.

Juan había madurado al fuego del Amor de Jesús y eso le hizo capaz de amarle como ninguno de los demás, eso le hizo capaz de permanecer junto a la cruz apoyando a la Madre de Cristo en quien él encontraba apoyo y sostén para presenciar algo inenarrable y ser testigo de algo inaudito.

La experiencia del Amor personal de Cristo y saber corresponder con incondicionalidad, sin esperas ni recortes, saber responderle desde su propio corazón virginal le hizo merecedor de recostar la cabeza en el pecho del Salvador en la Última Cena, como le hizo capaz de llegar el primero al sepulcro ya vacío, aunque sin violentar el orden que la voluntad del Maestro había impuesto entre ellos: Juan llegó primero pero, como nunca se tuvo por tal, esperó a Pedro para entrar en el sepulcro tras él. Entonces sí, vio y creyó. En la barca escuchó la Voz y reconoció en ella a quien es la Palabra y por él todos lo reconocieron.

"Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Díceles Jesús: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rasgó la red. Jesús les dice: «Venid y comed.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres tú?, sabiendo que era el Señor. Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez."

Pan y un pez. Evocadora imagen que recoge en un solo trazo la fracción del pan que hizo a los de Emaús “volver a la carrera” a Jerusalén para *dar testimonio y reintegrarse en la comunidad* así como el encargo pastoral evangelizador que, repetidamente, entrega el Señor a todos los Suyos –empezando por los Apóstoles- hasta el momento inmediatamente previo a Su Ascensión a la derecha del Padre.

La silueta del pez fue el *primer símbolo de fe de los cristianos, el primer “credo”*, el signo de identidad con el que se reconocían los cristianos perseguidos. El pez, en griego “**ICHTHYS**” es, en realidad, un acrónimo: “Jesucristo (**I**esu **CH**ristos), Hijo de Dios (**The**ou **Y**ios) Salvador (**S**oter)”.

Como en Juan 21, es Jesús el que nos da el Pan de Vida, la Eucaristía, como es el mismo Señor quien nos dará a los pescadores de hombres nuevos hermanos, nuevos cristianos recogidos en el seno de la red de la barca de Pedro, de la Iglesia.

El éxito de la evangelización no es obra de los evangelizadores sino que es el fruto de permanecer en la comunión eclesial bajo las mociones y guía del Espíritu Santo. El éxito evangelizador y misionero no es tal, sino un fruto que pertenece al Señor y que Él obra a través de los que permanecen siendo Suyos por la escucha y la libérrima docilidad de la obediencia aportando su trabajo fiel (“*Traed algunos de los peces que habéis cogido*”), como encontramos también en los relatos de la multiplicación de los panes y los peces cuando Jesús les pide que pongan ante Él lo poco que pueden aportar (Mt 14, 13-21; Jn 6, 1-15).

Este subrayado de la “*comunión*” viene insinuado en el pasaje de Pentecostés de *los Hechos* (“*estando todos juntos*”) y en los de Emaús o Santo Tomás por su reintegración en la comunidad. Un matiz interesante es que la red de la barca de Pedro “*no se rasgó*” a pesar del descomunal número de peces grandes que recogió, siendo ese verbo (“*rasgar*”, “*skidzein*”) el mismo que empleó también San Juan en la escena de la crucifixión, cuando los soldados se dijeron respecto a la preciada túnica de Jesús “*No la rasguemos sino echémosla a suerte a ver a quien le toca*” pues era valiosa al estar tejida de una pieza.

Los más avezados exegetas, apoyándose en escritos de algunos santos padres, como San Cipriano de Cartago en su obra “*De Unitate Ecclesiae*”, identifican la túnica inconsútil de Cristo con la unión en la Iglesia de todos los que son de Cristo, comunión por la que tanto oró Jesús a Su Padre en la oración sacerdotal de Juan 17, 20-21.

"Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te quiero. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te quiero. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres? Pedro se entristeció de que le dijera por tercera vez: ¿Me quieres?, y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas."

El amor primero al Salvador es el requisito previo del seguimiento y del servicio cristiano y Pedro necesitaba, como lo necesitó Tomás o también los de Emaús, ser rescatado, ser redimido del peso que no le permitía abrirse a la novedad de la Pascua. Pedro necesitaba renovar el amor traicionado en las negaciones para poder asumir su función, aquella a la que le llamó el Señor y poder así recobrar la propia dignidad para permanecer en la relación de pertenencia a quien lo llamaba y enviaba, otra vez. Jesús restablece en Pedro el amor primero y lo restablece en su misión de fortalecer a sus hermanos en la unidad de la Fe y de la Caridad.

Jesús tomó a Simón Pedro y le llamó para poner al frente de Su casa, la nascente Iglesia, y este discípulo inseguro había fallado no por falta de fe sino por la falta de un amor al Señor más fuerte y leal que a sí mismo. Antes de iniciar el proceso de la Pasión, ya el Señor le dijo: *"Pedro, he pedido por ti para que tu fe no decaiga y tú, cuando te restablezcas, fortalece a tus hermanos"* (Lc 22, 32).

El Señor le dirigió a Simón Pedro tres preguntas, y éste le respondió en tres ocasiones. Después y por tres veces, el Señor le encargó una misión. El motivo fue que Simón Pedro había negado conocer a Jesús tres veces y entonces, en esta ocasión, el Señor le hizo ratificar su devoción tres veces como sanación y elaboración de su penitencia personal.

Como al apóstol Tomás en Juan 20, cerrado a la novedad del seguimiento tras la Pascua y aferrado a cómo eran las cosas para él antes de la Pasión y muerte de su Maestro, Jesús salió en busca de Pedro para rescatarle de allí donde se había quedado anclado: en los remordimientos de su culpa por negar a su Señor. Jesús, de forma semejante a como hizo con Santo Tomás, reprodujo para San Pedro la escena de su duelo culposo para que pudiera superarlo a través de ese nuevo comienzo que siempre brinda la misericordia de Dios.

Simón Pedro, junto con los otros discípulos, había sido llamado al ministerio apostólico después de una pesca milagrosa y es en ese mismo contexto en el que Jesús propicia la recuperación de San Pedro, su restablecimiento al frente de la Iglesia de Cristo.

Simón Pedro negó a su Maestro ante un fuego de carbón que había sido encendido en el patio del palacio del sumo sacerdote, durante la noche en que Jesús fue detenido. A orillas del mar de Galilea Jesús enciende otro fuego para congrega a los suyos alrededor de unos carbones encendidos por Él mismo, el fuego de un anticipado Pentecostés

que les entregará el Don de dones, el Espíritu Santo, que en otras apariciones el Resucitado había entregado con ese soplo creador de una nueva realidad como evocación del soplo creador primero de Dios sobre la estatuilla antropomorfa de barro que terminó siendo Adán, el primer hombre. Ahora es el tiempo del hombre nuevo, del nuevo Adán.

Cuando el Señor le formuló a Pedro la pregunta tres veces pudo parecer una simple repetición, pero no fue así. Aunque había una similitud en las preguntas, éstas no fueron idénticas. Consideremos la primera pregunta del Señor a Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te quiero. Él le dijo: Apacienta mis corderos".

Una de los primeros detalles en los cuales nos fijamos, es que el Señor le llamó "*Simón, hijo de Jonás*". Ni siquiera le llamó Simón Pedro. Recordemos la primera vez que Jesús se encontró con él, cuando Andrés le llevó a Jesús. En aquella ocasión (Mateo 16), el Señor le puso por nombre "*Cefas*", palabra aramea que se traduciría como "*piedra*" (Petrus) y en el griego del Nuevo Testamento como "*cabeza*". El cambio de nombre en la Biblia sugiere un nombre nuevo configurado con la misión a desempeñar. "*Hijo de Jonás*" es una alusión al personaje del Antiguo Testamento cuya resistencia a la voluntad de Dios lo hizo naufragar, ser arrojado por la borda y engullido por un gran pez en cuyo vientre permaneció tres días. Al final, Jonás se convirtió y cumplió el encargo recibido de lo alto.

En el idioma griego hay tres palabras que corresponden a la palabra amor. La primera es *eros*, una forma del amor humano que expresa deseo y necesidad de poseer lo que el amado posee y el amante no. El "*amor erótico*" no tiene porqué revestirse de las connotaciones negativas de su origen, en la religiosidad pagana de Grecia y Roma, ni tampoco de las que la simple palabra evoca en un oyente contemporáneo.

Como desarrolló magistralmente Benedicto XVI en el capítulo primero de su encíclica "*Deus Caritas Est*", el amor erótico mueve hacia el amado por el deseo de unión, sin connotaciones negativas aunque de un modo casi primario, un inicio del verdadero amor. Esta palabra no se utilizó en el texto de Juan 21.

Hay otra palabra, *fileo*, que se refiere al amor de la amistad, es decir, a los afectos y emociones de las relaciones humanas con benevolencia y reciprocidad. Pero hay otra palabra griega para nombrar el amor, y es *agapao*, la más elevada, que nomina el nivel más noble y superior del amor, el amor de donación gratuita que no precisa de reciprocidad para seguir amando. Ésta última es la palabra usada para describir el amor de Dios, el Amor de Quien nos amó primero sin que le pudiéramos corresponder por amarnos antes incluso de ponernos en la existencia y no amó antes de que le conociéramos y pudiéramos nosotros comenzar a amarle a Él.

"¿Me amas más que estos?". En la triple pregunta sobre su amor, Jesús utiliza *agapao* mientras Pedro responde por tres veces empleando la palabra *fileo*. Quien sólo días atrás, por jactancia, no dudó en afirmar que a pesar de que los otros le abandonaran él daría su vida antes que negar al Señor ahora tiene que reconocer que, si bien ama a Jesús y sabe que Jesús lo sabe, no puede amarle como Jesús le ama, no puede corresponderle con el Amor al que es llamado y al que sólo podrá llegar (el Amor de 1Corintios 13) si el Espíritu del Resucitado le inflama por el soplo de una nueva creación sobre las brasas de su corazón arrepentido.

Recordemos un pasaje clave como Juan 15, 13, "Nadie tiene mayor amor que quien da su vida por sus amigos"). Observemos que la primera pregunta del Señor a Pedro fue "¿me amas más que éstos?". La reiteración de la pregunta y la asimetría de la misma pregunta con la respuesta que recibe (*agapao* Vs *fileo*) disuelve la jactancia de Pedro y le reviste de la humildad que nace de confrontarse con la propia verdad y asumir los propios límites.

Sólo por la superación del amor propio y de la confianza en sí mismo por encima de la confianza puesta sólo en Él es por lo que Pedro es rescatado y se libera del duelo de la culpa no asumida y superada. "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero". Pedro no se jacta más; acepta y confiesa que ama al Señor así como puede y no más. "La verdad os hará libres", y San Pedro comienza a serlo para poder acoger de nuevo y empezar a cumplir la vocación que le entrega su Maestro y su Señor.

En la respuesta de Jesús, "Apacienta mis corderos", "Apacienta mis ovejas", el Señor le encarga no sólo que se encargue de los que son Suyos y Él le entrega sino que le pide que prime a los más débiles.

El Señor muestra a Pedro el camino para hacer que su forma de amarle se dilate y crezca por asumir las prioridades del Amor más alto, el del Salvador que se entregó por todos pero siempre primero por los más pequeños y vulnerables, como durante Su vida había optado siempre por defenderlos primero de sus jueces y verdugos antes incluso de confrontarlos con su propio pecado, por ejemplo, respecto de la mujer adúltera o la pecadora pública en casa de Simón el fariseo.

En el episodio de Santo Tomás, en el de los de Emaús y en Juan 21 encontramos tres fases de la comunidad de creyentes que nos deben hacer a todos estar vigilantes: primero, sin Cristo, por el encierro en las propias ideas y proyectos; en segundo lugar, con Cristo mas sin reconocerle por la cerrazón a cambiar, a renovarse desprendiéndose de las seguridades del pasado; y en tercer lugar, con Cristo como centro y motor de la comunidad de unos discípulos imbuidos de la humildad de los pobres de espíritu que, con un corazón puro y unificado en la pureza de una única intención –la voluntad del Padre de que seamos uno todos los que formamos la Iglesia de Su Hijo-, no tienen ya ojos sino para contemplar y mostrar la belleza del Evangelio del Resucitado.